

OFICINA DE INFORMACIÓN
HOMILIA DEL SR. ARZOBISPO. 25 de diciembre de 2019

MISA DEL DÍA DE NAVIDAD 2019

Quiero desearles a todos una “Feliz Navidad”. Hay una especie de condición en este buen deseo mío: que nos esforcemos por rescatar de la banalización con que hombres y mujeres, con demasiada frecuencia, hemos sabido envilecer muchos de los valores y apagar casi todas las luces espirituales de Navidad; a la vez, pido al Señor que volvamos a descubrir con luz nueva la dicha de ser cristiano, es decir, de creer en Cristo.

Y la dicha es ésta: el cristiano no es el único que en estos días desea “Feliz Navidad”, pero es el único que debe saber qué quiere esto decir. Significa que celebra tu propio nacimiento. De modo que celebra “El Nacimiento del Salvador y el nacimiento de nuestra salvación”. Nosotros, por tanto, si nos colocamos a la escucha de la Palabra de Dios, no seremos los únicos en alegrarnos en esta fiesta; pero seremos los únicos en conocer qué es esta fiesta en su plena verdad.

“Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria, que dice a Sion: *Ya reina tu Dios*” (Is 52,7). Es este anuncio tan bello, tan consolador, tan esperado y aguardado que todavía todo el mundo, habitualmente distraído, se detiene a escuchar. Se detiene en sus miles de ocupaciones, en su charlatanería, en su trabajo, en su odio insensato. Nosotros queremos esperar que, al menos hoy, en todo lugar de la tierra, nos avergoncemos de matar, de que haya guerra y hambre en este mundo, que no disminuya el número de pobres, porque ha nacido Cristo.

Navidad, pues, es el anuncio de un hecho, no un sentimiento; es la noticia de una realidad sucedida, no la recitación de una poesía. El hecho es la venida entre nosotros del Hijo de Dios, que existiendo en la eternidad del Verbo (la Palabra sustancial) del Padre, se ha hecho uno de los nuestros, ha unido de modo definitivo nuestro destino al suyo. Por lo tanto, aunque en ciertos momentos parece difícil creerlo, sabemos que la humanidad no puede estar perdida.

Por esta razón el cristiano, incluso desde la perspectiva más oscura y más amenazante, no deja de esperar: su confianza está apoyada fuertemente no sobre una hipótesis, no sobre una doctrina social, no sobre un cálculo político, sino sobre un acontecimiento irreversible del cual el mismo Hijo de Dios se ha hecho protagonista.

La dulce escena del Nacimiento, el calor de la tradición, el redescubrimiento de los aspectos familiares son valores auténticos de estos días santos para vivirlos con toda su intensidad. Pero no debemos llamarnos a engaño, no debemos distraernos o apartarnos del conocimiento de la seriedad de lo que está en juego. Hay un riesgo muy actual que está contenido en el anuncio del Nacimiento: el riesgo de decir NO al que viene, al que nace, a Cristo.

Dios se ofrece, no se impone; se da, pero no se hace esclavo de nadie; llama a la puerta, pero no rompe la puerta que antes le han cerrado. Justamente porque

nuestra adhesión a Cristo debe nacer libremente del corazón, existe la trágica posibilidad del rechazo de Dios.

A esta trágica posibilidad está apuntando, de manera melancólica y obsesiva, la última página evangélica que nos ha sido proclamada en el evangelio de esta Misa: “la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (...) En el mundo estaba (el Verbo), y el mundo existió por Él, y el mundo no le conoció; vino a los suyos, y los suyos no le conocieron” (Jn 1,5.10.11).

Pedimos que se nos conceda la gracia de decir SÍ a Dios. Éste es el más grande de los dones, el más bello, el más útil regalo que podemos pedir al Señor Jesús que nace en Belén y viene a estar en medio de nosotros. Ciertamente que el sí dicho a Dios compromete: compromete en el tiempo, porque no se puede decir sí el día de Navidad y después olvidarse totalmente de él los demás días del año; compromete en profundidad, porque no se puede decir sí en una celebración ritual, y decir *no*, cuando están en juego la justicia, la misericordia, el respeto a la vida humana, la coherencia con la propia fe; compromete sin volverse atrás, justamente como el Hijo de Dios se ha comprometido por nosotros, no corriendo simplemente, al encarnarse, una simple aventura terrestre por un tiempo, sino haciéndose hombre para siempre.

La Navidad renueva el universo: desde que el Verbo de Dios se hizo hombre, la humanidad tiene dentro de sí la fuente perenne de una existencia diferente y muy alta, de una esperanza que renueva siempre, de un amor que el odio y la necedad humana no consiguen consumir o sofocar.

La Navidad renueva a cada uno de nosotros: “Mas a los que le recibieron los hizo capaces de ser hijos de Dios, a los que creen en Dios” (Jn 1,12). Nos es ofrecida, por tanto, una realidad nueva que no nace ni de sus instintos, ni de la voluntad de poder, ni de las reformas económicas o sociales, sino que nace de Dios y viene a nosotros a través de la fe, por la fe: “A los que creen en su nombre” (Jn 1,12).

Nosotros queremos ser de éstos: hemos aceptado la noticia que nos ha llegado de Jesús; hemos apoyado nuestra existencia, nuestra única existencia, sobre Él. Desde que hemos encontrado al Verbo de Dios, somos hombres y mujeres nuevos; mujeres y hombres que hemos sido constituidos mensajeros del misterio central y del verdadero significado del mundo, puesto que hemos contemplado su gloria, “gloria como de Hijo único del Padre, lleno de gracia y verdad” (Jn 1,14).

Pero, ¿cuál es la causa de que tantos que aparentemente preparan con fiesta la Navidad, que la preparan con luces, adornos callejeros y hogareños, regalos, deseos de Feliz Navidad, llegada ésta, parecen tristes y sin saber qué celebrar? Las alegres profecías de la Biblia no parecen haberse cumplido ni en nuestro mundo ni en nosotros mismos. Navidad, ¿para qué? ¿De qué nos sirve? No, hermanos, es que los oráculos proféticos deben escucharse en otro contexto, de otro modo: en el de la espera definitiva del Mesías, Jesucristo, no en un mero contexto de un gozo basado únicamente en la carne y en la sangre, en la felicidad limitada de este mundo. El nuevo Adán que vendrá en gloria y majestad, al fin de nuestro tiempo para restaurar radicalmente el mundo.

Las antiguas profecías se cumplirán ciertamente y el Reino de Dios vendrá, pero por caminos distintos a los que los hombres –nosotros también sin duda– imaginan. Y es que las fiestas de Navidad no son aún la Venida definitiva del Señor, y no son únicamente el inicio del camino de salvación como hemos proclamado con frecuencia en las Misas del Adviento. Pero ciertamente, las fiestas de Navidad nos abren el camino de la salvación, para que cuando venga Cristo en su segunda venida, podamos recibir los bienes prometidos por los profetas.

Cristo, como hombre y hermano nuestro, alcanzó los bienes anunciados, al resucitar corporalmente de entre los muertos. También nosotros esperamos gozar de esos bienes anunciados, al unirnos, aunque se en la fe y bajo los signos, a su triunfo pascual, a su Pascua gloriosa que esta vez celebraremos en la noche santísima del 12 de abril de 2020, en la que se nos dará como una imagen de nuestra felicidad definitiva.

Felicidad que esperamos y deseamos alcancen con nosotros los que, aún sin conocer el Evangelio, de una u otra forma, se abren a la salvación iniciada en el Nacimiento de Cristo y llevada a su culminación en su gloriosa Resurrección y Ascensión a la gloria. Amén.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España